

# Mirar, escribir y dibujar: ejercicios de paisaje en la experiencia viajera naturalista y en la apertura de caminos durante el siglo XVIII\*

Edgardo Pérez Morales♦

## Resumen

El presente artículo evalúa la percepción de la naturaleza y la construcción de paisajes a través de un acercamiento a tres ejercicios interrelacionados: mirar, escribir y dibujar. Las dos primeras prácticas hicieron parte de la experiencia como viajero naturalista de Miguel de Santisteban, quien recorrió varias partes del Nuevo Reino de Granada entre 1740 y 1741, y dejó como testimonio de sus jornadas, observaciones y sensaciones un diario de viaje. Por su parte, tanto mirar como escribir y dibujar fueron prácticas presentes en dos procesos burocráticos concernientes a la habilitación de un camino entre Antioquia y el Chocó a fines de la década de 1790. Carlos María Freire de Andrade, corregidor de Beté y Beberá, y Juan Pablo Pérez de Rublas, comerciante de la ciudad de Antioquia, produjeron no sólo documentos escritos sino también dos imágenes, cada una conjugando un mapa y un paisaje. En esos documentos dieron cuenta de su visión de la naturaleza y de la realidad paisajística que dominaba la región en cuestión tal como ellos la percibían según sus propios intereses económicos y convicciones culturales. Santisteban y Pérez de Rublas, vistos en retrospectiva, compartieron ideas sobre la naturaleza imbuidas por el naturalismo moderno, la Ilustración y el ideario reformista borbónico, mientras que Freire de Andrade articuló tradiciones vernáculas opuestas sobre el mismo tema. Este artículo busca

---

\* Artículo recibido el 5 de febrero de 2008 y aprobado el 12 de marzo de 2008.

♦ Magíster en Historia y Estudiante del Doctorado en Historia de la Universidad de Michigan, Estados Unidos.

develar la importancia de mirar, escribir y dibujar en la construcción de paisajes, al tiempo que analiza la coexistencia de diferentes percepciones de la naturaleza que constituyeron los insumos para dar vida a dichos paisajes en el siglo XVIII.

**Palabras clave:** Miguel de Santisteban, Carlos María Freire de Andrade, Juan Pablo Pérez de Rublas, paisaje, naturalismo, experiencia viajera, caminos, Ilustración, reformismo borbónico.

### Abstract

This essay evaluates the perception of nature and the construction of landscapes through an approach to three interrelated activities: looking, writing and drawing. The first two practices were part of the experience of Miguel de Santisteban as a naturalistic traveler, who journeyed through several locations of the Nuevo Reino de Granada between 1740 and 1741, and left a diary as a testimony of his trips, observations and sensations. On the other hand, drawing as well as looking and writing were practices present in two bureaucratic processes concerning the construction of a road between Antioquia and Chocó towards the end of the 1790's. Carlos María Freire de Andrade, chief magistrate of Beté and Beberá, and Juan Pablo Pérez de Rublas, merchant of the city of Antioquia, produced not only written documents but also two images, each bringing together a map and a landscape. In these documents they give an account of their vision of nature and the landscape that prevailed in the region, as they perceived it according to their economic interests and cultural convictions. Santisteban and Pérez de Rublas, looked at in retrospective, shared ideas about nature imbued by modern naturalism, the Enlightenment and the set of reformist Bourbon ideas, while Freire de Andrade articulated opposite vernacular traditions about the same subject. This essay seeks to reveal the importance of looking, writing and drawing in the construction of landscapes, at the same time as it analyses the coexistence of different perceptions of nature that constituted the components giving life to those landscapes in the 18th century.

**Key words:** Miguel de Santisteban, Carlos María Freire de Andrade, Juan Pablo Pérez de Rublas, landscape, naturalism, traveling experience, routes, Enlightenment, Bourbon reformism.

Haciendo uso de la noción de paisaje como herramienta heurística, abordaré en este artículo tres prácticas fundamentales que soportaron la construcción de la realidad paisajística durante el siglo XVIII en el contexto del Nuevo Reino

de Granada, y que se presentan con matices diferentes en varios registros documentales: la literatura de viajes, resultado de la experiencia viajera, y los documentos escritos y pictóricos de los procesos civiles surtidos ante

los tribunales de la época por asuntos de apertura de caminos. En los procesos burocráticos sobre caminos se regulaban las relaciones entre la administración colonial y los particulares en aquellos casos en los cuales era de común interés el reconocimiento e incorporación de tierras de frontera y sus recursos o posibilidades.

De la experiencia viajera, retomada del naturalista Miguel de Santisteban, se rescatará el ejercicio de la visión del mundo exterior delimitado por unidades paisajísticas conocidas como “países” -una práctica no discursiva previa a la escritura-, pero que era trasladada a la misma mediante el uso de adjetivos o convenciones narrativas, que precisamente facilitan llevar al mundo de lo escrito una experiencia visual. Al examinar dicha práctica se argumentará que la construcción del paisaje como algo que se ve y se relata posteriormente por escrito, estaba mediada por una experiencia estética particular, presente en el siglo XVIII hispanoamericano y en relación directa con los proyectos utópicos de prosperidad del pensamiento reformista e ilustrado. Por otro lado, el contraste de la experiencia viajera con la percepción del entorno y su expresión como paisaje que se puede retomar de ciertos documentos, conservados en el Archivo General de la Nación en Bogotá y el Archivo Histórico de Antioquia en Medellín, facilitará comprender que al margen de los avances y retrocesos de las prácticas y las ideas ilustradas, existían otras visiones del paisaje, relacionadas por escrito con fines específicos y

en ocasiones trasladadas al mundo iconográfico mediante prácticas pictóricas que obedecían a protocolos particulares y heterogéneos. Si bien lo mismo hacían personas que estaban en parte imbuidas por las ideas de la Ilustración, su registro en la historiografía es menos notorio, tal vez porque sus testimonios sólo existen en forma manuscrita. Estas dos experiencias (la viajera y la de los procesos civiles sobre caminos) me permitirán hacer una breve exposición sobre lo que he denominado *ejercicios del paisaje* durante el siglo XVIII: mirar, escribir y dibujar<sup>1</sup>. Ejercicios en los cuales mirar es parte de un uso más amplio de los sentidos, escribir es algo más que simplemente describir, y al dibujar se invocan elementos que hacen posible articular una posición de autoridad en torno a las imágenes producidas.

Antes de entrar en materia, deseo aclarar al lector que el presente trabajo es un artículo de reflexión que presenta e integra resultados de dos procesos investigativos en los cuales se han evaluado fuentes primarias publicadas y manuscritas. Para la primera parte, han sido fundamentales la perspectiva de análisis y las fuentes consultadas durante el año 2006 para una tesis de Maestría en Estudios de la Cultura en la Universidad Andina Simón Bolívar,

---

<sup>1</sup> Un avance de este trabajo fue presentado como ponencia en el *III Simposio Internacional Interdisciplinario de Estudios Coloniales de las Américas*. Panel: Visión y visualidad en los mundos coloniales, Quito, Georgetown University, Colonial Americas Studies Organization, Universidad San Francisco de Quito, junio 5 al 8 de 2007.

Sede Ecuador. Para la segunda parte del artículo, me he apoyado en mi participación en un proyecto de investigación financiado por la Dirección de Investigaciones de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, entre los años 2003 y 2005<sup>2</sup>. La presente reflexión incorpora nuevas fuentes, particularmente material iconográfico, e inserta elementos de análisis cuya integración con los hallazgos y perspectivas anteriores permite una ecuación investigativa cuyos factores esenciales son naturaleza, paisaje, cultura e historia. Si el lector alcanza a percibir la complejidad

e interacción de dichos elementos en los contextos abordados, este artículo habrá alcanzado su objetivo.

### **Mirando y escribiendo: ejercicios de paisaje en la experiencia viajera**

Durante el siglo XVIII, tanto en Europa como en América, se consolidó una particular práctica de viajar con el expreso objetivo de entrar en contacto con la realidad y conocerla de primera mano. Las raíces de esta práctica pueden datarse en el siglo XVI con personajes como Michel de Montaigne y los cronistas de Indias, quienes sin duda ocupan un importante lugar en esta etapa antecedente. Ahora bien, las ideas y prácticas en torno al estímulo de la curiosidad y el escepticismo durante el siglo XVII y la práctica de la ciencia moderna durante la Ilustración, generaron las condiciones para que emergiera un nuevo tipo de viaje durante el siglo de las luces. En el caso de la investigación naturalista, la observación sobre el terreno se consolidó como una necesidad metodológica, y por ello fue crucial viajar y apoyarse en la escritura para tomar datos, asentar referencias y dejar testimonios de lo visto, lo tocado, lo probado y lo experimentado. El viaje ilustrado dio sus primeros pasos con personajes como Miguel de Santisteban y tuvo entre sus más conspicuos representantes a Charles Marie de La Condamine, José Celestino Mutis, José de Bustamante, Hipólito Ruiz y López, José Antonio Pavón, Josef López Ruíz y Francisco José de Caldas. Cabe

<sup>2</sup> PÉREZ MORALES, Edgardo, *Naturaleza, paisaje y sociedad en la experiencia viajera. Misioneros y naturalistas en América Andina durante el siglo XVIII*, Tesis de Maestría en Estudios de la Cultura, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, Quito, 2007. El proyecto de investigación desarrollado entre 2003 y 2005 y dirigido por el profesor Orián Jiménez Meneses, fue un estudio que integró tres variables -las técnicas, las rutas y los caminos- al proceso histórico de configuración territorial y sociocultural de la provincia de Antioquia, en el occidente del Nuevo Reino de Granada, entre mediados del siglo XVI y mediados del siglo XIX. Como resultado de tal proyecto (cod. 20201004559) se entregó un informe final a comienzos del año 2005, acompañado de una base de datos de fuentes de archivo y una base de datos cartográfica, y se publicó una obra colectiva a fines del mismo año. JIMÉNEZ MENESES, Orián, *et al.*, *Caminos, rutas y técnicas: huellas espaciales y estructuras sociales en Antioquia*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2005. Mi contribución a dicha obra, titulada "*Países, paisajes y caminos. Metáforas culturales y percepciones diversas. 1776-1853*", en pp. 239-278. Deseo agradecer la asesoría del profesor Guillermo Bustos durante mis estudios de Maestría y como tutor de tesis, y las orientaciones y colaboración del profesor Orián Jiménez Meneses y de mis compañeros Juan David Montoya y Juan Sebastián Gómez Gonzáles durante el proyecto de investigación sobre caminos, rutas y técnicas.

anotar que los viajeros no naturalistas de aquella época, incluyendo algunos misioneros, también tuvieron como obligado punto de referencia el entorno natural recorrido<sup>3</sup>.

Los testimonios escritos de estos viajeros (diarios generales, diarios de observaciones, relaciones y memorias) conocidos hoy como *literatura de viajes*, son sólo parte de una experiencia más amplia, la *experiencia viajera*, pues antes, durante y después del viaje y de la misma escritura, tenían lugar acciones corporales y mentales en cuya ausencia los textos escritos no hubiesen cobrado existencia<sup>4</sup>. En este contexto,

<sup>3</sup> GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar, *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza, 1974; MÖRNER, Magnus, "Los relatos de viajeros europeos como fuentes de la historia latinoamericana desde el siglo XVIII hasta 1870" [1982], en: MÖRNER, Magnus, *Ensayos sobre historia latinoamericana. Enfoques, conceptos y métodos*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Corporación Editora Nacional, 1992, pp. 191-240; BALSECA, Fernando, *Of Languages Without Vowels, Rats in the Living Rooms, and Other Hardships on the Tropics: Cultural Representations of Eighteenth-Century Travelers and Scientists in Ecuador*, Master of Arts Thesis, Department of Liberal Arts, Emory University, 1990; PRATT, Mary Louise, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* [1992], Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997; BURKE, Peter, "The Philosopher as Traveler: Bernier's Orient", en: ELSNER, Jaś y RUBIÉS, Joan-Pau, *Voyages & Visions. Towards a Cultural History of Travel*, Londres, Reaktion Books, 1999, pp. 124-137.

<sup>4</sup> ORTEGA CANTERO, Nicolás, "La experiencia viajera en la Institución Libre de Enseñanza", en: GÓMEZ MENDOZA, Josefina, et al., *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 67-88; PÉREZ MORALES, Edgardo, *Naturaleza, paisaje y sociedad en la experiencia viajera*, Op. cit. El testimonio de la experiencia viajera no necesariamente tiene que ser escrito, pues el mismo puede constituirse, por

no sólo los animales, las plantas y los accidentes geográficos fueron objeto de observación, descripción e inscripción sino también el conjunto de éstos en su relación y mutua interacción con los seres humanos, tal como se podía captar con el ejercicio de la mirada, es decir, en paisajes específicos que se ven y luego se describen por escrito. Es por ello que por paisajes se entienden aquí unidades bilaterales en las cuales se conjugan formas integrantes y dependientes que son registro tanto de lo geoecológico y ambiental como de lo cultural y social. Así, en el paisaje la interacción sociedad-naturaleza es definitoria, y es ello precisamente lo que interesaba a los naturalistas y a los implicados en los procesos de apertura de caminos estudiados en este artículo<sup>5</sup>.

El primer protagonista de esta reflexión es el naturalista panameño educado en Lima, don Miguel de Santisteban (ca. 1691-1776), en cuyo caso es

ejemplo, por una colección de artefactos de especial relevancia para un arqueólogo o un etnólogo, tal como es evidente en el trabajo de Pascal Riviale, *Los viajeros franceses en busca del Perú Antiguo (1821-1914)* [1996], Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000.

<sup>5</sup> SAUER, Carl O., "La morfología del Paisaje", en: *University of California publications in Geography*, Vol. 2, No. 2, 1925. Traducción de Guillermo Castro H. <http://www.colorado.edu/geography/giw/sauer-co/LaMorfologiaDelPaisaje.doc>; DUNCAN, James, "Paisaje", en: JOHNSTON, R. J., GREGORY, Derek y SMITH, David M. (Eds.), *Diccionario Akal de Geografía Humana*, Madrid, Akal, 2000, pp. 425-426; COSGROVE, Denis, "Paisaje cultural", en: JOHNSTON, R. J., GREGORY, Derek y SMITH, David M. (Eds.), Op. cit., pp. 426-428.

evidente que la construcción del paisaje se apoyó en dos ejercicios fundamentales. En primer lugar, el ejercicio de la visión, es decir, la percepción sensorial de un espacio geográfico determinado. En segundo lugar, la apropiación de ciertas imágenes o convenciones para la narración escrita de la experiencia visual. En este proceso, al ser portador de una cierta orientación ilustrada, a Santisteban le interesaba sobre todo subrayar la capacidad humana de dominar y transformar la naturaleza como una vía fundamental para alcanzar la prosperidad y la felicidad terrenal. Tal idea se consolidaría en el mundo andino después de 1760<sup>6</sup>, pero hizo presencia temprana en Santisteban. En efecto, nacido a fines del siglo XVII, había estudiado geometría, trigonometría, geografía y náutica en la Universidad de Lima en la década de 1730, y en 1749 logró ser Académico registrado en la Real Academia de las Ciencias de París, según relató en su relación de méritos<sup>7</sup>. En la década de 1750 consolidó su vocación naturalista como investigador

sobre las quinas en la Audiencia de Quito, al servicio del virreinato, y de hecho tuvo intenso contacto con José Celestino Mutis, pues Santisteban se instaló en la ciudad de Santafé para desempeñarse como funcionario en diversas instancias.

Santisteban había servido como militar en tierra y mar durante las dos primeras décadas del siglo XVIII y, por tanto, en su calidad de navegante era conciente de la importancia y utilidad de diarios y bitácoras. Su diario fue pues una lección de su pasado militar al tiempo que una posibilidad en su viaje de naturalista. Dicho documento tuvo una desafortunada reseña del historiador Hermes Tovar Pinzón en la cual afirma que su utilidad se reduce a ser una cantera de datos para las historias locales y la historia económica. Para Tovar Pinzón este es un documento que únicamente proporciona “*mil leguas* de soledad andina” y “que ofrece muy pocas reflexiones de conjunto y escasas visiones capaces de sintetizar los dramas de una época”<sup>8</sup>. En este artículo, tras una lectura detenida y orientada por un tema de investigación concreto, presento una valoración distinta de esta fuente, pues de hecho su contenido y contexto de producción invitan a reflexionar acerca de los modelos de apropiación de las prácticas e ideas ilustradas, al tiempo que presentan testimonios valiosos acerca de la percepción de la naturaleza

<sup>6</sup> SILVA, Renán, “La crítica ilustrada de la realidad en las sociedades andinas” [2002], en: SILVA, Renán, *La Ilustración en el virreinato de la Nueva Granada. Estudios de historia cultural*, Medellín, La Carreta, 2005, pp. 15-45; SILVA, Renán, *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Banco de la República, Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2002.

<sup>7</sup> ROBINSON, David J., transcripción y estudio preliminar, *Mil leguas por América. De Lima a Caracas 1740-1741. Diario de viaje de don Miguel de Santisteban*, Bogotá, Banco de la República, 1992 (en adelante se citará *Mil leguas por América*), Apéndice II, p. 274.

<sup>8</sup> TOVAR PINZÓN, Hermes, “Un criollo ilustrado”, en: *Boletín cultural y bibliográfico*, vol. XXIX, No. 30, Santafé de Bogotá, 1992, pp. 142-145.

en esta época. En dicha percepción, mediada por los intereses del naturalista, por ejemplo, el uso de los sentidos era apreciado especialmente y coordinado según protocolos específicos. De no ser por este tipo de diarios, esto sería muy difícil de dimensionar. Así, la traslación de lo observado a la esfera cognoscitiva no implicaba sólo observar sino escribir lo observado y la reflexión acerca de lo observado. Santisteban lo hizo en su diario de viaje que redactó entre 1740 y 1741, sobre la marcha del recorrido que lo llevó, pasando por las Audiencias de Quito y Santafé, desde la sierra peruana hasta la ciudad de Caracas para de allí partir a Europa<sup>9</sup>. En el valle del río Magdalena, en su camino a la villa de Honda, anotó unas líneas que pueden ayudar a comprender este proceso:

*Esta espaciosa verde campaña representa a la vista un agradable objeto al descubrirse, porque sembrada toda de artificiosos nidos, que hacen una especie de hormigas que hay en ella, levantan sus fábricas desde la superficie a una estatura de seis y ocho pies, y del grueso de un hombre, sin que por la exterior fachada, que es lisa y del color pardo de la tierra, se perciba el interior mecanismo con que sucesivamente va creciendo y representando un ejército no acampado, sino puesto en batalla<sup>10</sup>.*

Este objeto de descubrimiento e interés, además, fue calificado con el adjetivo “agradable”, lo cual indica que a la experiencia sensorial se sumaba la idea de que la observación del entorno, incluyendo naturaleza y obras humanas, podía generar placer, goce y entretenimiento, es decir, una experiencia estética concreta que incluía lo visto y lo que se pensaba de lo visto en términos de lo potencialmente agradable. De hecho, antes en su viaje, cuando observó el paisaje de la ría de Guayaquil con “las arboledas de sus márgenes, campañas, y caserías, como en el seno que forma en la ciudad”, Santisteban había estimado que aquel espacio tenía mucho que ofrecer para quien lo percibiera a través de los ojos, pues de no ser por el “estío” y los mosquitos, haría que los habitantes de Guayaquil no tuvieran “que apetecer más delicias naturales para los ojos, ni otras comodidades para la vida”<sup>11</sup>.

Ahora bien, en términos generales la percepción de la naturaleza y la construcción perceptiva de los paisajes fueron operaciones que distanciaron y diferenciaron a los viajeros del siglo XVIII con respecto al resto de las sociedades de su época. Esto no sólo es evidente a través del examen detallado de la experiencia viajera sino que para algunos naturalistas como Francisco José de Caldas era una realidad indiscutible. Así lo constató en su percepción de los volcanes andinos que rodean a Riobamba, pues

<sup>9</sup> ROBINSON, David J., “Estudio preliminar”, en: *Mil leguas por América*, pp. 63-70.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 149. Énfasis agregado.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 99.

Chimborazo, Carguairazo, Tunguragua [sic] y el Altar, que le rodean, son otros tantos colosos formidables que la amenazan a cada momento. *Cuando el físico, el geógrafo hallan en estas montañas objetos admirables que contemplar, y en ellas los encantos de su espíritu, el desgraciado morador de Riobamba no ve sino a sus tiranos*<sup>12</sup>.

Hasta este punto, se puede sospechar cómo en el paso del ejercicio de la visión al ejercicio de la escritura, era necesario recurrir a un repertorio específico que diera cuenta de la percepción del paisaje. La navegación fluvial por el Magdalena mereció de la pluma de Santisteban un párrafo que es sintético en ese sentido, y sirve para introducir con claridad el tema de las convenciones narrativas que formaban parte de dicho repertorio:

Habiendo en el espacio de los 20 días que duró esta peregrinación *gozado muchas delicias de este río* mezcladas con no pocas incomodidades, siendo entre aquellas *de singular agrado* la navegación, unas veces por los estrechos canales que forma el río y eligen tanto para hacer más fácil la subida contra la corriente como para defensa del sol cuando declina, *porque hiriendo sus oblicuos rayos en los altos y*

*frondosos árboles que guarnecen sus orillas, despiden una alegre sombra* para desahogo de la respiración fatigada por el calor del mediodía en la prisión de una estrecha cámara y otras por donde dilata sus raudales de una a tres millas, *formando varias islas de verdes arboledas con sus giros, a cuyos bellos objetos se añaden para la diversión el paseo por las sementeras y frutales de los sitios que se destinan para hacer la noche [...]*<sup>13</sup>.

En ese sentido, los relatos de viajeros naturalistas recurrieron a unas convenciones, particularmente el uso de adjetivos, para generar un lenguaje que no era sólo analítico sino también visual y que por ende permitía trasvasar sus experiencias visibles al mundo de lo escrito y lo legible. De esta manera se destaca sobre todo la figura de un paisaje constituido por una naturaleza que no produce miedo y por los usos sociales de la misma que denotan prosperidad. De ahí que generara satisfacción estética, la cual se narraba con una adjetivación abundante para señalar la *belleza*, la *amenidad*, la *frondosidad* y la *fertilidad*, que eran cualidades necesarias para que se presentara en la experiencia perceptiva la *alegría*, el *entretenimiento* en lo *delicioso* y la *admiración*. De esta forma, en la experiencia viajera de Santisteban puede captarse cómo ante ciertos espacios de la naturaleza que bien podrían verse, sentirse, recordarse

<sup>12</sup> DE CALDAS, Francisco José, “Viaje al corazón de Barnuevo. Mayo 1804”, en: *Obras completas de Francisco José de Caldas*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1966, p. 460. Énfasis agregado.

<sup>13</sup> *Mil leguas por América*, Op. cit., pp. 178-179. Énfasis agregado.



y describirse con temor, miedo o prevención, dichas sensibilidades dieron paso a la contemplación admirativa, a la interacción espontánea con el medio y a un recuerdo agradable:

Como a dos leguas, corre el camino sobre el pequeño río de Zárate que poco después se hace navegable; en la distancia de una legua lo pasamos 23 veces por vados de cascajo y arena. *Todo el camino es delicioso por los bosques claros y sombríos que se interponen.* En este sitio en que hicimos noche, y se aparta a la izquierda del camino real como media milla y no se registran desde él por la alta arboleda en que está metida, pero puede el caminante quedarse en otras casas que están más a la mano. *Jamás en otra selva ví mayor copia de papagayos ni de más vistosas plumas, como también de una especie de aves de color pardo, poco menos que una polla, que llaman guacharacas que son de muy buen gusto*<sup>14</sup>.

Vale la pena notar que en este pasaje del diario de viaje es evidente la idea de un público lector, entre el cual dicha obra podría circular y revestir utilidad. Ahora bien, parece ser que en ese sentido Santisteban se ubica en

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 251. Énfasis agregado. Sobre los pájaros coloridos en el arte religioso del mundo Andino, que como antiguo corregidor de canas y canchis en Cuzco, Santisteban debió conocer, puede verse GISBERT, Teresa, *El paraíso de los pájaros parlantes. La imagen del otro en la cultura andina* [1999], La Paz, Plural, 2001.

una esfera que combina la idea de un público “tradicional” de caminantes que necesitan información empírica para tener éxito en sus viajes, y la idea de un público de naturalistas que puede hacer uso de la información y observaciones registradas en el diario con el fin de construir, constatar o refutar conocimientos sobre el mundo natural. De hecho, una copia manuscrita del diario perteneció al naturalista Charles Marie de La Condamine<sup>15</sup>.

La anotación sobre el camino a orillas del río Zárate, hecha en la última etapa del viaje, después de haber pasado por la ciudad de Barquisimeto, en la actual Venezuela, puede complementarse con una en la cual la espontaneidad de la naturaleza, es decir, la belleza de la creación divina, era opacada por la acción dirigida del hombre para trasformarla mediante la práctica de la agricultura. En ese sentido, días antes, había anotado el naturalista y viejo navegante que estaba alrededor de los cincuenta años de edad:

*Todo este camino es poblado de caserías de campo de pequeñas haciendas de caña, trigo y maíz.* [...] El domingo 14, porque amaneció lloviendo y continuó hasta el mediodía, nos detuvimos en esta casa [de Juan Félix Bastidas] donde nos franqueó el dueño, la asistencia

<sup>15</sup> Sobre los diversos públicos lectores puede consultarse a ALTUNA, Elena, *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVII-XVIII*, Berkeley, Centro de estudios literarios “Antonio Cornejo Polar”, Latinoamericana Editores, 2002.

de su familia y *todo el regalo que produce este ameno valle*<sup>16</sup>.

En efecto, la productividad del valle, queda claro, era obra de la acción de pequeños hacendados como Bastidas, mientras que la amenidad del mismo no era más que el fruto de que en él, el entorno ambiental hubiera sido transformado por medio de la agricultura y la construcción. Igual valoración se percibe en el relato acerca de una cumbre montañosa llamada Portachuela de la cual se bajaba por un camino hasta salir a “*unas bellas, fértiles lomas que estaban sembradas de trigo, maíz, cebada, que llaman la quebrada de bailadores*”<sup>17</sup>. Al usar además distintas categorías o nomenclaturas para referirse a los espacios trabajados por el hombre en contraste con aquellas áreas de coberturas vegetales naturales, la distinción terminaba de tomar suficiente cuerpo:

El miércoles 3 después del mediodía, que todo este tiempo fue necesario para encontrar mulas de carga y sillas para nuestras personas y equipaje, partimos de la bodega de Yaguachi, y en el sitio de Chirijo, *anduvimos tres leguas de monte y algunas pequeñas praderías de una u otra casa de campo*<sup>18</sup>.

Al indagar en el diccionario de la época, se constata que la noción pra-

dería, usada en contraste con la palabra monte, hacía referencia a un “pedazo de tierra muy fértil, que se puede segar, y suele estar en el mismo prado que se pasta [...]”<sup>19</sup>.

Estos ejercicios de construcción de paisaje que no sólo lo escribieron sino que antes de construirlo por escrito lo habían mirado y vivido de una particular manera, están por ende anclados en la conjunción de múltiples elementos, en parte similares a aquellos que comentaré en la segunda parte de este artículo. Por ejemplo, al mirar la naturaleza, eran las ideas y sensibilidades con respecto a ésta las que determinaban si la misma debería causar admiración, tranquilidad y la certeza de un futuro mejor mediante su dominio por parte del hombre, o por el contrario, intimidación e intranquilidad. Así era como se configuraba un determinado paisaje, el cual debía escribirse, más que simplemente describirse, puesto que eran la selección de las palabras y el orden del relato los que permitían plasmar y transmitir tanto los componentes tangibles como las sensaciones del paisaje. En el caso de quienes comulgaban con las ideas de la Ilustración y defendían el orden monárquico, no se podía dejar de lado el lugar del paisaje en una visión del

<sup>16</sup> *Mil leguas por América, Op.cit.*, p. 237. Énfasis agregado.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 225. Énfasis agregado.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 101. Énfasis agregado.

<sup>19</sup> *Diccionario de la Lengua castellana en el que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua [1726-1739]*, Edición facsímil bajo el título *Diccionario de Autoridades*, Tres volúmenes, Madrid, Gredos, 2002, vol. III, t. quinto [1737], p. 344.

mundo guiada por la reflexión racional y la convicción sobre la relevancia de una sociedad políticamente pacífica.

Es por ello que la inserción de hombres, mujeres y niños en dicha realidad fue a menudo un componente más para dar cuenta de entornos medioambientales en donde las relaciones entre la sociedad y la naturaleza determinaban la amenidad sentida y descrita por Santisteban. Así fue cuando dejando la ciudad de La Plata,

[...] después de mediodía nos fuimos a pie al puente y en pasar a la otrabanda nuestros equipajes se hizo tarde y resolvimos hacer noche en un sitio donde el río, la frondosa amenidad de sus vegas, la precisión del paso y concurrencia de los niños de uno y otro sexo que en lo profundo y rápido de su corriente travesaban, ya intentado llegar al otro lado y ya dejándose a la discreción de su curso, nos fueron objetos de agradable entretenimiento<sup>20</sup>.

Algunos días después, avanzando por el cálido valle del Magdalena en busca de la villa de Honda, se detalló un episodio similar en el diario. Dicha entrada vuelve a comprobar esa determinante relación entre sociedad y naturaleza, al tiempo que evidencia una vez más el uso a discreción de un corpus de adjetivos para trasladar la experiencia vista del paisaje al relato escrito. Junto con el anterior extracto

<sup>20</sup> *Mil leguas por América*, *Op. cit.*, p. 145. Énfasis agregado.

del documento, estos testimonios desmitifican la valoración pragmática del entorno de Santisteban y otros viajeros, y le devuelve parte de su densidad específica, pues la misma no se reduce a la desacralización, la cognición mediante la experimentación y la valoración de la agricultura y el comercio<sup>21</sup>. Así pues, anotó el antiguo corregidor de indios que cerca al sitio de Carboncito,

[...] está el pueblo del Retiro de donde a la tarde de este día vinieron algunas mujeres, unas de nuestros arrieros y otras con sus maridos, a fin de buscar algunos géneros creyéndonos mercantes, con cuya concurrencia se hizo alegre la tarde porque la amenidad del sitio, la sombra de los coposos árboles y la dispensación del ayuno por falta de comestibles nos dio libertad para una merienda, donde la abundancia de carnes[,] dulces y de tortas, hizo el regalo a aquellas gentes que sólo con esta casualidad las consiguen<sup>22</sup>.

El ejercicio de la escritura en estos términos estaba estrechamente ligado a la idea de que el hombre, por medio

<sup>21</sup> Sobre estos elementos definitorios de las ideas y prácticas modernas e ilustradas con respecto a la naturaleza, ver PRATT, Mary Louise, *Op. cit.*, pp. 37-194; ESTRELLA, Eduardo, "Ciencia ilustrada y saber popular en el conocimiento de la quina en el siglo XVIII", en: CUETO, Marcos (Ed.), *Saberes andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1995, pp. 37-57; TRABULSE, Elías, *Ciencia y tecnología en el Nuevo Mundo* [1994], México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

<sup>22</sup> *Mil leguas por América*, *Op. cit.*, p. 148. Énfasis agregado.

de sus propias fuerzas e ingenio, era capaz de alcanzar la felicidad en la tierra. Esta innovación de la Ilustración se apuntalaba sobre todo en dos perspectivas fundamentales: una nueva representación de la naturaleza, cuyos elementos fundamentales se mencionarán en la siguiente sección, y una nueva concepción del trabajo en la cual esta actividad humana ya no era vista como un castigo divino sino como una función sumamente útil que obligaba a toda la sociedad. De hecho, las alabanzas de la dedicación a la agricultura y otros oficios son la cara opuesta de la condena vehemente de la inacción y la ociosidad, presentes no sólo entre la gente común sino entre las familias nobles, según creían algunos ilustrados<sup>23</sup>.

Los campos eran entonces escenarios paisajísticos percibidos en el viaje y narrados por escrito recurriendo a diversas perspectivas y empleando un cuerpo de adjetivos muy definido. Toda esta elaboración era en gran medida posible debido a las relaciones entre el ser humano y el entorno tal como los viajeros las concebían y las valoraban, lo cual es bastante similar en Santisteban y en uno de los protagonistas de la siguiente sección de este trabajo, don Juan Pablo Pérez de Rublas. Ambos compartían la idea de un acercamiento pragmático al mundo natural, el cual tenía distintos objetivos específicos pero un objetivo común: conocer, dominar y explotar la naturaleza en pro del bien-

estar social, el incremento del comercio y la agricultura y, por ende, generar los cimientos para la felicidad en la tierra y la tranquilidad política.

### **Mirando, dibujando y escribiendo: ejercicios de paisaje en la apertura de caminos**

Ante los tribunales y diversas instancias de la administración colonial, funcionarios y particulares presentaban testimonios orales y escritos sobre el reconocimiento de variados territorios, la apertura o potencial apertura de caminos en dichos territorios, y las ventajas o desventajas que tales empresas podrían tener para la Corona o los vasallos. Como telón de fondo, existía un común interés por la incorporación de las fronteras y sus recursos a la esfera del dominio de las autoridades coloniales y de las actividades comerciales de los vecinos de los principales centros urbanos. En algunos casos, el lenguaje común para reflexionar sobre estos temas lo aportaba una nueva corriente de apreciaciones culturales que, amparada en las ideas y prácticas de la Ilustración, veía con muy buenos ojos el dominio de la naturaleza por parte del hombre, tal como se expuso en la primera parte de este trabajo. Así sucedía en torno a la frontera occidental de la provincia de Antioquia, es decir, su espacio de contacto y separación con las provincias de Nóvita y Citará, porción fundamental de la frontera minera del Pacífico dominada por la Gobernación de Popayán.

<sup>23</sup> SILVA, Renán, *Los ilustrados de la Nueva Granada, 1760-1808*, Op. cit., pp. 451-466.

En dicha región se configuró una gobernanza independiente, la del Chocó, como parte de una serie de reformas administrativas a inicios de siglo<sup>24</sup>. El contacto entre el Chocó y Antioquia, aunque de vieja data como lo muestran los trabajos citados de Colmenares y Jiménez, y otros trabajos sobre la conquista europea, la resistencia indígena y la evangelización<sup>25</sup>, continuaba siendo bastante precario a finales del siglo XVIII. Con todo, seguía en la mente de varias personas como una potencial fuente de riquezas. Allí se contemplaban no únicamente la explotación aurífera, sino también las oportunidades de obtener mercedes de tierras y las posibilidades comerciales que implicaba salir de Antioquia por la vía del río Atrato y conseguir de tal manera una conexión con el mar Caribe<sup>26</sup>.

<sup>24</sup> COLMENARES, Germán, *Historia económica y social de Colombia II: Popayán, una sociedad esclavista, 1680-1800* [1979], Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1997; JIMÉNEZ, Orián, *El Chocó: un paraíso del demonio. Nóvita, Citará y El Baudó, siglo XVIII*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2004.

<sup>25</sup> WILLIAMS, Caroline A., "Resistance and Rebellion on the Spanish Frontier: Native Responses to Colonization in the Colombian Chocó, 1670-1690", en: *Hispanic American Historical Review*, 79:3, Duke University Press, agosto 1999, pp. 397-424; MONTOTOYA GUZMÁN, Juan David, *Indios contra españoles: frontera, guerra y etnogénesis en las provincias del Chocó, siglos XVI y XVII*, Tesis de Maestría en Historia, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 2005.

<sup>26</sup> GÓMEZ GONZÁLEZ, Juan Sebastián, "Proyectos fallidos, proyectos concluidos. Caminos en dirección a los países del Chocó. Siglo XVIII", en: JIMÉNEZ MENESES, Orián, et al., *Op. cit.*, pp. 195-218; Archivo General de la Nación -Bogotá- (En adelante se

Las ilusiones de esta empresa del Chocó, que podían pasar de generación en generación, como en los casos de José López de Carvajal y su hijo Pablo de Carvajal, y de José Manuel de Montoya y su hijo José de Montoya<sup>27</sup>, eran compartidas por la administración borbónica y los particulares. Ahora bien, los particulares, en lo fundamental comerciantes y buscadores de concesiones de caminos o de tierras, comparecían ante los funcionarios con una pretensión fundamental: la de presentar y hacer reconocer y legitimar su conocimiento sobre los territorios en cuestión, y por ende su plena autoridad para hablar sobre ellos, comentarlos, valorarlos, describirlos y dibujarlos. Todo sobre la base, hay que repetirlo, de un conocimiento que ellos tenían o pretendían tener, y del cuál carecían los funcionarios. Al transformar dicho conocimiento en autoridad, los interesados pretendían delimitar los términos de la negociación burocrática, de manera que lo dicho sobre esas ocultas fronteras en términos de distancias, topografía, hidrografía, recursos y condiciones climáticas, tuviera un reconocimiento sólo contrastable mediante mecanismos como la visita al terreno o su representación en dibujos como planos o mapas. De esta manera, tales aspectos eran el campo enunciativo legítimo de los parti-

citará AGN). *Mejoras materiales*, t. 6, ff. 403-418; t. 17, ff. 790-867 y 980-1029.

<sup>27</sup> GÓMEZ GONZÁLEZ, Juan Sebastián, *Op. cit.*, pp. 212-213; Archivo Histórico de Antioquia, Medellín (En adelante se citará AHA). *Caminos*, t. 71, doc. 1972.

culares, mientras que el campo enunciativo legítimo de las autoridades era el de los intereses monárquicos, virreinales o provinciales, que en la segunda mitad del siglo XVIII tenían como horizonte la eficacia administrativa, fiscal y militar promovida por la Corona.

Uno de los gobernadores de la época, Cayetano Buelta Lorenzana, escribió en 1777 que los caminos de Antioquia se encontraban en su mayoría

cerrados de montes y embarzados con los árboles, que los vientos han derribado haciéndolos mucho más intransitables y siendo uno de los puntos más esenciales para la felicidad y opulencia de las Provincias, el que los caminos de unas a otras, estén corrientes sin riesgos, ni embarazos, en cuanto sea posible [...] <sup>28</sup>.

Precisamente, Buelta Lorenzana transó con José de Montoya, un residente en el valle de Urreo, cerca de la ciudad de Antioquia, para que por aquel paraje, buscando las cabeceras del río Nendó y su desembocadura en el río Arquía, estableciera conexión con el puerto de Beberá y el río Atrato, en el Chocó. Montoya aseguraba haber transitado previamente esta ruta, y de hecho tres años antes, tras haberlo acordado con el gobernador Francisco Silvestre, la había recorrido. <sup>29</sup> Su intención era obtener para sí y su familia mercedes de

tierras a cambio de comprometerse a la apertura de un buen camino <sup>30</sup>. Bajo las órdenes de Buelta Lorenzana, Montoya transitó nuevamente la ruta y llegó hasta tierras chocoanas, para posteriormente presentarse ante el gobernador y dar testimonio de su recorrido y de las dificultades implícitas en la empresa de abrir por allí un camino, insistiendo en su autorizado conocimiento del terreno y pretendiendo ayudas económicas para sostener sus labores, al aseverar que:

[...] desde el río de Penderisco hasta las cabeceras del de Nendó, que es la mitad del camino tiene *por lo muy pendiente y áspero de las cordilleras de las tres serranías*, que se pasan, cuyos nombres son la primera, Soroma; la segunda, el alto de Sobretunal, y la tercera el Palmar, *bastante dificultad en abrir camino para el tránsito de caballerías de carga*,

<sup>30</sup> “[...] hallándose dicho Montoya actualmente en esta ciudad comparecerá ante Su Señoría para tratar sobre el descubrimiento de dicho camino y siempre que quiera obligarse a ejecutarlo se le darán los auxilios que necesitaren para ello y se le atenderá a proporción del mérito que hiciere y utilidades, que se reconozcan a él y a los que le acompañaren con alguna merced de tierras según que por leyes reales se prescriben para los nuevos descubrimientos [...]”. AGN, *Mejoras materiales*, t. 17, f. 984v. Por leyes reales, se hacía referencia seguramente a una Real instrucción dictada en 1754, en la cual se especificaban las dimensiones de las mercedes de tierras realengas que se podían otorgar. La misma se modificó en 1780. JARAMILLO VELÁSQUEZ, Roberto Luis, “La colonización antioqueña”, en: MELO, Jorge Orlando (Dir.), *Historia de Antioquia*, Medellín, Suramericana de Seguros, 1988, pp. 178-179.

<sup>28</sup> AGN, *Mejoras materiales*, t. 17, f. 984v.

<sup>29</sup> AHA, *Caminos*, t. 71, doc. 1972, ff. 423v-425r.

*a no invertirse en su apertura algunos pesos [...]³¹.*

Años después, en 1789, José Martín de Vargas, yerno de Montoya, pedía una legua de tierra en Urrao argumentando sobre principios similares, pero de una manera mucho más elaborada, que

[...] en esta satisfacción, y cumplimiento de lo prometido prontamente fuimos, a prevenir todo lo necesario, para ponernos en camino, para el ofrecido descubrimiento, y apertura de él, yo con mis tres hijos, mi suegro, mi cuñado, con dos peones cargueros de los bastimentos, y demás *y fuimos trochando, y abriendo sendas, y subiéndonos en los árboles, para divisar las cordilleras, abras y cañadas, que fueran más favorables para tantear, y seguir dichas trochas, y de esta suerte conseguimos llegar a la dicha provincia del Chocó, pasando muchísimos trabajos, y riesgos que Vuestra Señoría puede considerar en un monte tan fragoso, lleno de malezas, y abrojos, y capotales, que en partes nos hundíamos hasta la cintura y en otras caminando en cuatro pies al bajar; y subir las lomas, asegurándonos de las raíces, y yerbas que podíamos, y mojados de día y de noche, porque no cesaba de llover; que ni aún candela podíamos hacer de noche, pasando muchos días con las frutas que hallábamos en el monte, por que se acababa el bastimento, y en*

los días que faltaba por dilatarse los cargueros, que habían salido a traerlo, lo pasábamos con sólo frutas como llevo dicho, *y con este sumo trabajo, riesgo, y costo, hemos abierto el camino, traficable en la conformidad, que en la actualidad se halla, desmalezado, y descumbrado, para que el sol lo registre, y bien abierto, que todos entran y salen cuando quieren [...]³².*

Como es evidente, en estos testimonios también tomaba lugar una adjetivación importante, similar en parte a aquella realizada por los naturalistas, analizada en la sección anterior de este artículo. Ahora bien, por tener el objetivo específico de mostrar las dificultades propias de los terrenos recorridos y su naturaleza, dicha adjetivación era negativa y buscaba resaltar las infinitas trabas que el medio podía depararle al hombre, al contrario de los naturalistas, que más bien buscaban resaltar las potencialidades del hombre frente a la naturaleza. Los interesados en la apertura de caminos buscaban así destacar el valor de los expedicionarios y la necesidad de su autorizada y experimentada intervención. “Áspero”, “fragoso”, o de “mal temperamento” son algunos ejemplos en el campo de lo escrito, donde también figuran referencias a lo selvático, a menudo calificado de desértico<sup>33</sup>, como amenaza al hombre y a

<sup>32</sup> AHA, *Tierras*, t. 178, doc. 4567, ff. 503r-504v. Énfasis agregado.

<sup>33</sup> PÉREZ MORALES, Edgardo, “La naturaleza como percepción cultural. Montes y selvas en el Nuevo

<sup>31</sup> AGN, *Mejoras materiales*, t. 17, ff. 990v-991r. Énfasis agregado.

sus obras, tal como lo pensaba Buelta Lorenzana. Transmitir estas ideas, con todo, no se redujo a lo escrito en algunas ocasiones. Después de observar el terreno, de “divisar” como decía el yerno de Montoya, de verlo y vivirlo, se articulaba una posición de autoridad que también permitía relatarlo en voz alta ante los funcionarios, lo cual a su vez se convertía en testimonio escrito por obra y gracia de escribanos y amanuenses<sup>34</sup>. Dicha posición de autoridad, igualmente, permitía dibujar o representar iconográficamente en una pieza de papel y ante cualquier instancia, a la usanza común en los pleitos civiles de tierras de la época colonial, los terrenos en cuestión<sup>35</sup>.

---

Reino de Granada, siglo XVIII”, en: *Fronteras de la Historia. Revista de historia colonial latinoamericana*, Vol. 11, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2006, pp. 53-81.

<sup>34</sup> Véase por ejemplo la relación escrita el 1 de julio de 1778 ante el gobernador del provincia de Antioquia, usando los testimonios orales de Montoya y su yerno: AGN, *Mejoras materiales*, t. 17, ff. 988v- 992v.

<sup>35</sup> Representaciones paisajísticas en forma de croquis, bosquejos o mapas se convertían en parte de los procesos por pleitos de tierras, y eran presentados ante las autoridades como piezas de evidencia, fundamentadas en una similar pretensión de autoridad, la cual no pocas veces era cuestionada por alguno de los interesados en el asunto. Múltiples evidencias se encuentran en el AGN, *Mapoteca 4*; AHA, *Planoteca*. Ver además GRUZINSKI, Serge, *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México Español. Siglos XVI-XVIII* [1988], México, Fondo de Cultura Económica, 1991, pp. 48-53, y TRABULSE, Elías. *Op. cit.*, pp. 63-71.

En el caso aquí abordado, años después de los intentos de la familia Montoya, que llegaron a feliz término según ellos aseguraron, surgió el interés de otras personas en la misma ruta. Esta vez se presentaban como objetivos mejorar el camino, fortalecer los tratos comerciales y evangelizar y reducir a pueblos a los indígenas del área. Se trata de las pretensiones de Carlos María Freire de Andrade, minero esclavista de Citará, corregidor de los pueblos de Beté y Beberá, y de José Giraldo y su patrón Juan Pablo Pérez de Rublas, residentes en el valle de Urrao el primero y en la ciudad de Antioquia el segundo. Pérez de Rublas era un prestante miembro de la élite provincial, pues aparte de ser un acaudalado comerciante solía desempeñarse en algunos cargos de la administración local de Antioquia, donde fue regidor decano del cabildo<sup>36</sup>.

Como parte de sus peticiones y argumentaciones, Freire de Andrade y Pérez de Rublas usaron dos representaciones visuales de las montañas,

---

<sup>36</sup> PÉREZ MORALES, Edgardo, “La sombra de la muchedumbre: vida urbana y reformismo borbónico en la ciudad de Antioquia”, en: *Historia y Sociedad*, No. 10, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2004, pp. 183-199. La inscripción funeraria sobre madera tallada y policromada de su tumba, en la iglesia de Santa Bárbara de la ciudad de Santafé de Antioquia, es testimonio de su éxito económico y prestigio social: “Aquí yace Don Juan Pablo Pérez de Arrubla [sic] Natural de Ustes en el Reino de Navarra Caballero agraciado de la Real y distinguida orden española de Carlos III, Regidor Decano del Ilustre Ayuntamiento de esta Ciudad: Benefactor que fue de esta Santa Iglesia que fue de ex-Jesuitas, concluyéndola y paramentándola a sus expensas, falleció a 23, de enero del año de 1805”.



selvas, ríos y caminos de la vertiente occidental de la cordillera occidental, entre el Chocó y Antioquia. En ese sentido, ambas imágenes compilaban de manera particular dos de los usos fundamentales de la imagen a lo largo de la historia: proporcionar información y ser un medio de persuasión<sup>37</sup>. Para proporcionar información, mostraban accidentes geográficos concretos, coberturas vegetales, poblaciones y rutas seguidas por caminos, configurando un paisaje particular. Y como medio de persuasión, el objetivo buscado por quienes las encargaron y usaron ante la administración provincial y virreinal era probar su autoridad cognitiva sobre la región y relacionar la configuración paisajística dibujada con una percepción concreta de la realidad.

La primera imagen (Figura 1), de autor desconocido, fue aportada por

<sup>37</sup> BURKE, Peter, *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico*, [2001], Barcelona, Crítica, 2005. Para el análisis de las dos piezas iconográficas he adoptado en parte la propuesta de Didier Prioul, particularmente en sus indicaciones sobre la doble contextualización del documento: restringida, en lo que tiene que ver con su red inmediata de dependencia, y ampliada en lo que toca al documento como arquetipo de un momento determinado de la historia. Esta doble contextualización es en realidad el último paso de un proceso en tres etapas bastante similar a las tres fases del análisis iconográfico e iconológico de Erwin Panofsky. PRIOUL, Didier, “Cómo analizar un documento iconográfico”, en: LÉTOURNEAU, Joselyn, *La caja de herramientas del joven investigador. Guía de iniciación al trabajo intelectual*, [1989/2006], Medellín, La Carreta, 2007, pp. 95-110. Para una síntesis sobre el método de Panofsky y las diversas corrientes críticas y complementarias al mismo, ver BURKE, Peter, *op. cit.*, pp. 43-57 y 215-241.

Freire de Andrade, y de la misma se ha hecho una descripción interesante:

El autor fue capaz, con tinta y acuarela, de representar un paisaje y un mapa: la selva, y los desmontes, con tonalidades de verde, y con azul oscuro las cordilleras de Ur Rao, vertientes al Cauca. Está manifiesto un volumen ocre, para mostrar otra cordillera. Con azul aguado mostró los ríos, y usó el rojo para los caminos<sup>38</sup>.

Descripción muy acertada, pero a la cual habría que agregarle la posibilidad de considerar el azul oscuro de la parte superior no sólo como representación de la vertiente oriental de la cordillera, sino como el uso incipiente de la *perspectiva aérea* para representar el alejamiento y altura de las cumbres cordilleranas, máxime si se tiene en cuenta que la representación está orientada con un punto de vista situado de occidente a oriente<sup>39</sup>.

<sup>38</sup> JARAMILLO VELÁSQUEZ, Roberto Luis, *Tres siglos sobre papel. Cartografía histórica de Antioquia*, Medellín, Banco de la República, CINDEC-Universidad Nacional de Colombia, s.f., p. 8.

<sup>39</sup> “[...] la llamada perspectiva aérea, fue descubierta y así bautizada por Leonardo da Vinci y se trata en realidad de una gradiente de tonalidad cromática en función de la distancia [...]”, GUBERN, Román, *La mirada opulenta. Exploración de la iconosfera contemporánea*, Barcelona, Gustavo Gili, 1987, p. 21. En su análisis de la cartografía colonial de la Nueva España entre 1530 y 1619, Gruzinski afirma que “la aparición del paisaje -la mayoría de las veces en forma de perfiles montañosos plantados de árboles que extrañamente sugieren aguadas de Durero- o incluso la sugerencia de horizontes lejanos azulados y degradados, delatan la influencia del grabado y de la pintura europeos y aun más de los numerosos frescos que adornaban las iglesias y los conventos”. GRUZINSKI, Serge, *Op. cit.*, pp. 50-51.

Ahora bien, ¿en qué consiste el ejercicio pictórico del paisaje en este caso? Si se tienen en cuenta las diferencias sustanciales entre dos tipos de expresión, la verbal y la icónica, señalando que la primera denomina, adjetivando como lo hacían los naturalistas, y la segunda reproduce, habría que distinguir las funciones de cada una. Mientras que la primera facilita una relación con las cosas en ausencia de las mismas, la segunda completa y amplía esta relación en “el plano del simulacro”, reforzando la conexión entre la percepción de las formas y la expresión conceptual de las mismas<sup>40</sup>. De tal manera que el ejercicio pictórico de paisaje buscaba, mediante el uso dominante del verde y la representación de los árboles agrupados en montes y selvas, dar a conocer por medio de la vista un espacio en el cual la naturaleza podía retar al hombre, debilitarlo, impedir sus acciones, y aun transformarlo en su esencia humana. Tales nociones eran parte de una valoración negativa de los espacios arbóreos muy difundida en la época, aunque contra la misma ya se pronunciaban ciertas voces<sup>41</sup>.

En su informe presentado junto con el documento pictórico ante las autoridades, Freire de Andrade señalaba que uno de los principales motivos para abrir el camino e intervenirlos técnica-

mente haciéndolo transitable para los animales de carga, era librar a los cargueros humanos de los suplicios de las enormes distancias. No extraña pues el uso de la perspectiva aérea para señalar la lejanía de las cumbres de la cordillera con respecto al río Atrato. Librar a los cargueros de semejantes suplicios era librar al género humano de una bestialización indebida:

[...] en cuya distancia dilató el Ilustrísimo actual obispo de Popayán cincuenta y una horas [...] *trasladándose con todo su equipaje a hombros de cristianos. El deseo y anhelo de libertar a éstos de semejante trabajo, propio de las bestias, me animó a emprender la abertura del camino con conocimiento de él; y no ocultándoseme las ventajas del mejor servicio del rey, y del público y sobre todo el beneficio a esta provincia, y más a la de Antioquia [...]*<sup>42</sup>.

Es por ello que Freire de Andrade pretendía establecer una cadena firme y duradera de intervención humana, de cuyos eslabones -el camino, pastizales para los animales de carga, “tambo o casas de campo para la comodidad de los pasajeros, y que pueden resguardar sus víveres y efectos”, y barquetas y hombres dispuestos para su servicio en los ríos-, el solicitante daba muestras en su documento pictórico y esperaba sacar provecho cobrando para sí mismo contribuciones a cada persona y fardo

<sup>40</sup> GUBERN, Román, *Op. cit.*, p. 52.

<sup>41</sup> PÉREZ MORALES, Edgardo, “La naturaleza como percepción cultural...”, *Op. cit.*, pp. 58-65.

<sup>42</sup> AGN, *Mejoras materiales*, t. 17, f. 793r y v. Énfasis agregado.

de carga que por allí transitara. En otras palabras, su fin era convertirse en concesionario del camino<sup>43</sup>. Se mostró un paisaje agreste, retador, abrumador, pero al tiempo se insinuó la posibilidad de transformarlo o, por lo menos, dominarlo, con la intención específica de sacar provecho económico de dicha dominación y, de paso, ampliar el ámbito de la acción administrativa monárquica. El ejercicio de paisaje en este caso recorrió el mismo camino de los naturalistas, pero a la inversa: Santisteban observó unos paisajes en los cuales los elementos antrópicos eran sustanciales y cuya presencia era la prueba de un exitoso proceso civilizatorio, y procedió a trasladar a la esfera de lo escrito tal éxito mediante una adjetivación que tenía como piedra de toque la felicidad humana. Por su parte, Freire de Andrade ordenó al dibujante mostrar el reto que se abría para su capacidad civilizatoria. De esta forma se lograba la particular transición entre lo visto, lo escrito y lo dibujado, pues “si el paisaje físico es imagen que puede leerse, el paisaje pintado es la imagen de una imagen”<sup>44</sup>. Leían y veían con nociones e intereses

que luego convertían en leguaje escrito, generando una retórica en la cual encajaban sus ideas de lo que era el paisaje.

Ahora bien, junto a las intenciones del minero de Citará, las del comercio de Antioquia, en cabeza del mencionado Pérez de Rublas y su subordinado Giraldo, pretendían también consolidarse en la misma ruta, habilitando un camino del cual buscaban beneficios distintos de aquellos de Freire de Andrade o de los Montoya. Para el efecto, Pérez de Rublas también presentó un documento pictórico (Figura 2), de autor desconocido, cuyo examen ampliado y restringido en sus contextos muestra sus diferencias con el anterior y, al tiempo, su inserción en una trama común y su especificidad como ejercicio de paisaje, tal como se argumenta en este trabajo. Como en el anterior (Figura 1) el autor de este documento (Figura 2) también fue capaz de representar un paisaje y un mapa; en este caso al evaluar presencias y ausencias, se destaca una selección distinta de elementos naturales y una selección similar de elementos antrópicos<sup>45</sup>. Por un lado, la imponente presencia de los árboles y la indicación de algunos desmontes en medio de ellos no apareció aquí, pero sí el poderío de las montañas, que en la anterior representación se invocaba en la parte superior de la imagen apoyada con una posible perspectiva

<sup>43</sup> *Ibid.*, f. 794r y v. Sobre los hombres cargueros ver TORRES T., Luis Fernando, “*Los hombres acémilas: cargueros de la provincia de Antioquia en el siglo XVIII*”, en: *Memorias II Foro de Estudiantes de Historia*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, 2003, pp. 187-205, y RAMÍREZ GIRALDO, Diego Andrés, “Civilizar la tierra, humanizar las “bestias” y liberar los sentidos: hacia una historia social de los caminos durante el siglo XVIII”, en: JIMÉNEZ MENESES, Orián, *et al.*, eds., *Op. cit.*, pp. 227-233.

<sup>44</sup> BURKE, Peter, *Op. cit.*, p. 53.

<sup>45</sup> Retomo estas caracterizaciones de las indicaciones sobre el análisis del contenido documental de los mapas aportadas por BOUDREAU, Claude, “Cómo analizar y comentar un mapa antiguo”, en: LÉTOURNEAU, Joselyn, *Op. cit.*, pp. 119-131.

aérea. En este caso, dicho poderío está presente en forma de líneas de relieve debajo de las cuales los volúmenes se logran con el uso saturado y gradiente del verde oscuro y negro, recurriendo con éxito, particularmente en el lado derecho del dibujo, a uno de los índices que permiten percibir, mediante la vista, la profundidad y el relieve: “Si una cosa parece estar encima de otra, puede indicar que está en el mismo plano, pero a mayor distancia”<sup>46</sup>. Por otro lado, nuevamente aparecen los tambos, el camino y el sitio de San José de Urrao.

La presencia de la representación de una cobertura vegetal cuya realidad ambiental era valorada negativamente en el uso del dibujo de 1798, cumple también una función retórica en el uso del de 1799, pero esta vez en forma de ausencia. Los comerciantes no tenían centrados sus intereses en torno a la explotación del camino en calidad de concesionarios o acaparadores de tierras y, por ende, no necesitaban argumentar las dificultades para abrirlo ni demostrar que allí la naturaleza era un reto apocalíptico. En efecto, en sus argumentaciones escritas, Giraldo manifestó la necesidad de abrir el camino, de construir algunos tambos y de sembrar algunos cultivos, pero sin informar sobre ninguna dificultad mayor y sin maximizar los efectos de la naturaleza y las condiciones del camino sobre aquellos que quisieran transitarlo. De hecho insistió, en su informe presentado ante el gobernador de Antioquia en diciem-

bre de 1798, que en el recorrido había “buenos terrenos”, “tierra firme” y “tierra de pan”<sup>47</sup>, y al descuidar cualquier representación de la cobertura vegetal en el documento pictórico así se constató después. Se puede intuir entonces que lo que para Freire de Andrade era un fin, para los comerciantes de Antioquia era un medio. ¿Para qué? No para establecer comercio con el Chocó y facilitar la vida de los Reales de minas de aquella frontera, como hasta entonces era concebida la función del comercio para la región<sup>48</sup>, sino para fortalecer sus propias actividades económicas vinculando a Antioquia, a través del Chocó, con Cartagena y el Caribe, dominios indiscutibles de los intercambios que eran de su mayor y personal interés. En las bocas del Atrato, el mapa presentaba una sencilla pero elocuente noción con el trazo de dos palabras: “El Mar”.

Una vez presentado el argumento de que la naturaleza no era un problema mayor haciendo un ejercicio pictórico del paisaje, había que aclarar el hecho de que el camino era un medio para el fin superior del comercio. Para ello, Pérez de Rublas recurrió a argumentos propios de la época y de muchos sectores de las administraciones monárquica, virreinal y provincial, que en medio de las ideas y prácticas de la Ilustración

<sup>47</sup> AGN, *Mejoras materiales*, t. 17, ff. 801r-802v.

<sup>48</sup> Particularmente por las autoridades virreinales, tal como se constata al leer algunos informes importantes. Cf., COLMENARES, Germán, *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, tres tomos, Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1989, t. I, pp. 286-290 y p. 458; t. II, pp. 70-72.

<sup>46</sup> GUBERN, Román, *Op. cit.*, p. 21.

y de la régimen Borbónico, valoraban particularmente dicha actividad como agente de civilización, negocio del bien común y de los intereses generales y estrategia para alcanzar la felicidad en la tierra<sup>49</sup>. El comerciante no sólo fue un pálido reflejo de dicha realidad, pues su inserción concreta en tales redes de valoraciones y representaciones se concretaba en prácticas como la lectura del *Papel Periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá*, publicación semanal en la cual se difundieron precisamente las ideas y contenidos de dichas corrientes y de la cual Pérez de Rublas era suscriptor<sup>50</sup>. Lo mismo es evidente en su argumentación escrita sobre la necesidad de abrir el camino y establecer por allí rutas comerciales:

*Desde la más remota antigüedad (hasta estos tiempos de la Mayor ilustración) se ha entendido que no se puede prometer a un Reino, una Provincia, una ciudad, subsistencia más sólida que la*

<sup>49</sup> SILVA, Renán, *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808*, Op. cit.

<sup>50</sup> *Papel periódico de la ciudad de Santafé de Bogotá* [1791-1797], edición facsimilar en seis tomos y un tomo de índices, Bogotá, Banco de la República, 1978, tomo I, No. 20, junio 24 de 1791, p. 171. De 103 suscriptores en aquel año cuya dedicación se conoce sólo nueve eran comerciantes, aunque en el caso de Pérez de Rublas más vale la pena señalar que era un lector “de provincia” de dicha publicación, comprometida en que su difusión no se restringiera a la ciudad de Santafé sino que llegara a muchas localidades del virreinato del Nuevo Reino de Granada. SILVA, Renán, *Prensa y Revolución a finales del siglo XVIII. Contribución a un análisis de la formación de la ideología de Independencia nacional* [1988], Medellín, La Carreta, 2004, pp. 27-41.

*que atrae el comercio, disponiendo por vara fundamental la pronta y segura circulación de sus intereses en toda clase de mercaderías.* Esta provincia señor gobernador, como sitiada a causa del difícil y costoso transporte de los efectos que le conducen de las otras provincias sufre a mas de los perjuicios de un comercio siempre pasivo el de recargado en sus precios por los crecidos costos que se invierten para introducir las mercaderías a los lugares de su demarcación: *Estaba reservado a los tiempos del ilustrado gobierno esta felicidad común* pues aunque por algunos de sus predecesores se proyectó este nuevo giro, después de algunos costos abandonaron la empresa por falta de informes seguros; pero mirando vuestra señoría esta empresa como objeto primario de su ministerio trata de realizarla hasta ponerla en perfecta circulación; *Estas ilustres memorias perpetuaran el nombre de vuestra señoría en esta provincia; mayormente cuando reconozcan las ventajas que han logrado, que son efectivas respecto a los demás caminos, por ser este sin contradicción el mas seguro, mas pronto y menos costoso*<sup>51</sup>.

Una parte sustancial de las ideas y prácticas ilustradas estaba anclada en una nueva representación de la naturaleza, en la cual el temor y la dimensión espiritual de la misma, divina y demo-

<sup>51</sup> AGN, *Mejoras materiales*, t. 17, ff. 823v. Énfasis agregados.

níaca, habían sido reemplazados por la experimentación, el conocimiento y la explotación racional<sup>52</sup>. Esto ayuda a terminar de comprender la dinámica específica de la ausencia de una vasta cobertura vegetal en un ejercicio pictórico de paisaje y su presencia en el otro. Muy cercano entonces a las valoraciones de Santisteban, Pérez de Rublas expuso en su imagen y en sus palabras la importancia de la acción humana, representada en la práctica del comercio como ruta hacia la felicidad. Su paisaje próspero era uno en el cual la naturaleza había dado paso al hombre comerciante que con su dedicación no sólo se aseguraba réditos para sí mismo sino que, al tiempo, contribuía al bienestar y la felicidad general de los pobladores del virreinato, tal como lo hacían los hacendados y cultivadores prósperos descritos por Santisteban.

### Conclusiones

El ejercicio de mirar, como también lo fueron tocar o saborear, hizo parte fundamental de la experiencia viajera naturalista durante el siglo XVIII. Al ejercitar los sentidos durante sus viajes, hombres como Miguel de Santisteban contaban con el repertorio y la orientación de su formación previa y se habían trazado objetivos concretos antes de partir. Su intención era distinguir, evaluar, conocer y experimentar sobre el terreno, accediendo a la realidad del

mundo social y natural por su propio esfuerzo y sin la mediación de la tradición oral o de la autoridad escolástica. Al tiempo que miraba el mundo exterior en el Nuevo Reino de Granada, Santisteban lo concebía en su mente y lo vivía en su disposición y ánimo como una realidad paisajística de alegría y prosperidad en el mundo terrenal. Por ende, debía trasladar tal concepción a su diario mediante mecanismos de escritura que superaran la mera descripción. El paisaje se escribía, más que se describía, pues relatarlo por escrito no podía ser un ejercicio objetivo, sino uno mediado por la subjetividad de la experiencia previa de observación y las convicciones que guiaban la elección de las nociones y adjetivos que debían plasmarlo de manera escrita para un futuro público lector, y para el uso personal del mismo naturalista.

Por su parte, dibujar fue una de las estrategias que escogieron Carlos María Freire de Andrade y Juan Pablo Pérez de Rublas. Mediante la construcción de paisajes ellos buscaban representar una realidad natural en sus cabildeos por la apertura y concesión de un camino entre Antioquia y el Chocó. Al hacerlo se aseguraron de articular una posición de autoridad, determinada por la garantía de su conocimiento acerca del terreno y, como en el caso de Santisteban, por ser conscientes de las verdaderas dimensiones, potencialidades o peligros de la naturaleza. Ahora bien, en este sentido sus paisajes sobre papel fueron epítomes de dos concepciones distintas, lo cual se deduce de las imágenes pero

<sup>52</sup> PÉREZ MORALES, Edgardo, *Naturaleza, paisaje y sociedad en la experiencia viajera*, *Op. cit.*, pp. 36-52.

también de sus relatos escritos. Ambos registros, como los diarios naturalistas, están plagados de ausencias y presencias, de adjetivos y nociones cuyo uso no se dejó al azar. Freire de Andrade, quien quería obtener el privilegio de la administración y cobro de impuestos en el camino, enarbolaba la idea de una naturaleza intimidante sobre la cual la acción humana era urgente para prevenir sus efectos devastadores sobre aquellos que quisieran descender la cordillera en busca del río Atrato. Pérez de Rublas, quien quería que el camino se habilitara para establecer una salida comercial expedita hacia el mar, no concebía que la naturaleza *per se* fuera un obstáculo mayor para el tránsito entre Antioquia, Chocó y el mar Caribe. Él buscó, en cambio, recalcar las potencialidades sociales y políticas de una visión más desprevenida de la naturaleza y un estímulo al comercio por aquella ruta. Representar o ignorar las densas coberturas vegetales de la región en cuestión no fue obstáculo para que ambos paisajes dibujados, aunque distintos, dieran cuenta de una misma

realidad concebida desde dos intereses económicos específicos, tal como es evidente en los testimonios escritos.

Estas experiencias en torno a las concepciones del mundo natural que se descubren en los ejercicios de paisaje en ellas articulados, dan cuenta de tres procesos importantes. En primer lugar, de los pasos iniciales de la experiencia viajera naturalista e ilustrada, que en algunos casos poco dependieron de la difusión desde el centro europeo hacia la periferia del Nuevo Mundo. En segundo lugar, de la coexistencia de ideas sobre la naturaleza imbuidas por la Ilustración y el ideario reformista borbónico, con tradiciones vernáculas opuestas. Finalmente, de la relevante conjunción entre las acciones de mirar, escribir y dibujar como elementos constitutivos y mutuamente influyentes en la construcción de paisajes, construcción que comenzaba antes de dar vida al relato escrito o pictórico y cuyos componentes principales dependían tanto de los intereses futuros como de los antecedentes culturales de sus autores o de quienes dirigieron su producción.

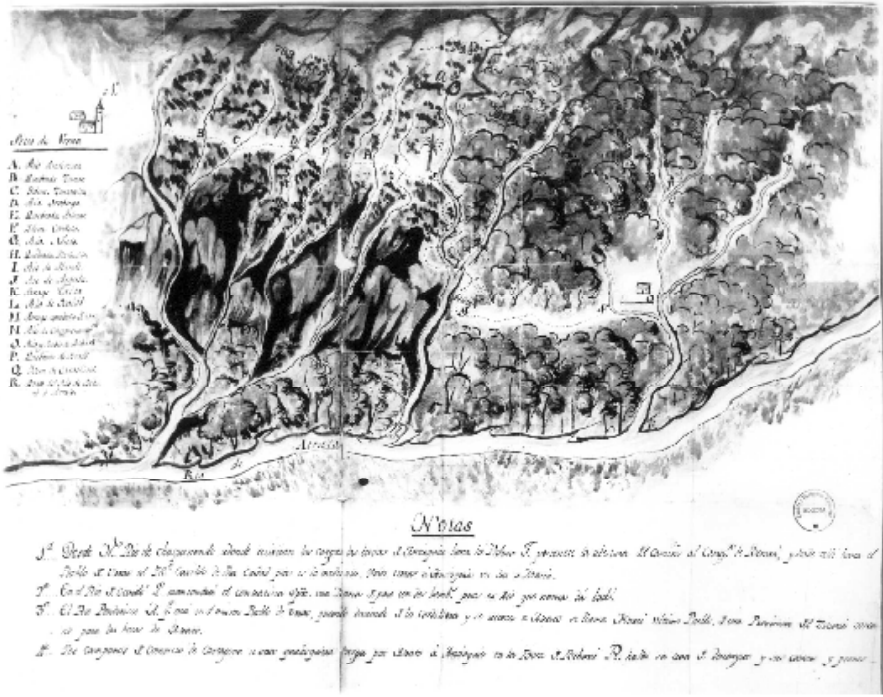


Figura 1. “Mapa del camino de Urrao que comunicará las provincias de Antioquia y El Chocó”, Archivo General de la Nación -Bogotá-, Mapoteca 4, 499A, 1798.

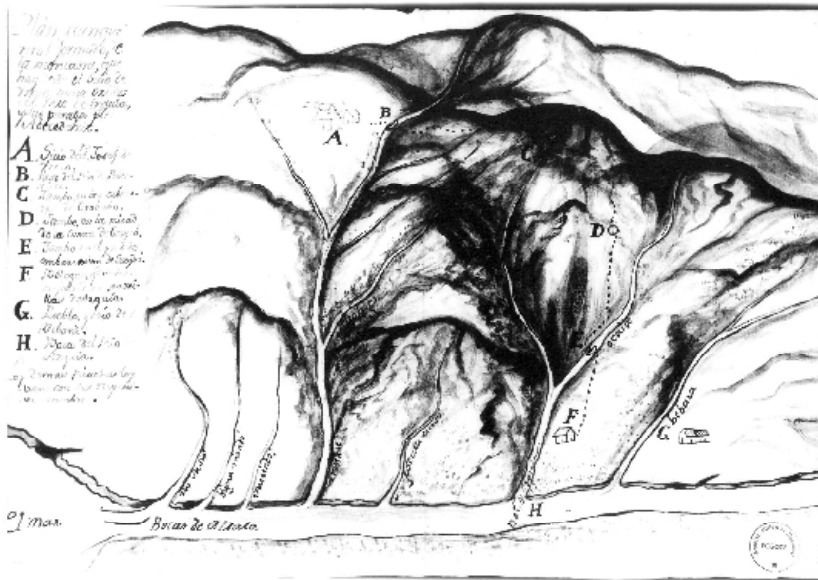


Figura 2. “Plano, aunque mal formado, de la montaña que hay desde el sitio de Urrao, hasta orillas del río de Arquía, y sus parages”, Archivo General de la Nación, Bogotá, Mapoteca 4, 500A, 1799.